

presentados por los demás poetas de su tierra natal, cuyo paisaje, cuyos recuerdos, costumbres y modo de ser, nadie sintió ni hizo sentir más hondamente que la autora de *Cantares gallegos* y *Follas novas*.

Por su condición de mujer, por su entrañable cariño al suelo en que nació y por el vínculo secreto que hermanaba su musa con la musa popular, sentíase con vocación para dignificarla, haciendo que aquellas *coplas sin artificio*, de procedencia femenina en gran parte, mencionadas por el P. Sarmiento, se convirtiesen en manjar exquisito aun para los más refinados paladares, y se revistieran de nuevos encantos sin perder su nativa ingenuidad. Poner la mano en esas delicadas y voladoras manifestaciones de la poesía anónima de un pueblo cuyas intimidades psicológicas encierran, bajo la envoltura de la concisión y la sencillez más inimitables; parafrasear lo que es perfecto y acabado en su línea; ensanchar los moldes de un arte que rechaza toda innovación hija del estudio; asimilarse ideas y sentimientos colectivos no adulterando su esencia ni la forma de expresión tradicional, era empeño tan arriesgado como glorioso para quien consiguiera realizarlo cumplidamente.

Y lo consiguió Rosalía Castro, hasta el extremo de que en sus glosas *á veces no se percibe la soldadura entre el pensamiento del pueblo y el del poeta, sucediendo ya en el día, poco más de veinte años después de publicada la obra, que la copla popular corre atribuida á Rosalía, mientras los versos de ésta suelen tomarse por populares*. Así lo atestigua la señora Pardo Bazán¹, que

aunque no le permitían consagrarles mucho tiempo su delicada complexión y sus enfermedades. Después de los *Cantares gallegos* (1863), publicó un cuadro de costumbres (*Ruinas*, 1864), una novela (*El caballero de las botas azules*), un cuento (*El primer loco*, 1881), y dos tomos de poesías, uno en gallego y otro en castellano (*Follas novas*, 1880; *En las orillas del Sar*, 1884). Falleció en 16 de Julio de 1885.

¹ *De mi tierra*, pág. 27.

confirma la demostración contenida en este hecho, recordando, como primores que inmortalizarán los *Cantares gallegos*, « las églogas, sencillas y robustas á la vez, donde parece que respiramos el prolífico aroma de la tierra removida, la página de amor del Romeo y Julieta campesinos, que no acaban de despedirse, por más que los gallos han cantado anunciando el día; la oración de la moza soltera á San Antonio bendito pidiéndole con mucha necesidad un hombre, aunque sea tamaño como un grano de maíz; los terrores supersticiosos de la aldeana que ve el fatídico *moucho* al lado de la fuente de la Virgen, cerquita del cementerio, mirándola de hito en hito con sus ojos encendidos como brasas; la desterrada que pide á los aires de su país que la lleven allá, porque se va quedando descolorida y morena como una mora, como si chuponas brujas le bebiesen la sangre; la pobre madre de familia rodeada de su pollada de criaturas, lavándolas, diciéndoles los requiebros sublimes que sólo las madres saben discurrir, pero lamentándose al mismo tiempo de que los higos están duros, de que el gato y el perro le roban la comida, de que las gallinas del vecino se cuelan en su corral á vivir de prestado; la socarrona vieja mendiga, sorda de conveniencia, que, fingiendo humildad, sabe coger el mejor sitio y apartar la mayor tajada en la fiesta nocturna de los ricos montañeses ». « Esto — prosigue la autora de *Los Pazos de Ulloa*, — las romerías con tan gayo colorido pintadas, la alborada cuyas notas breves y regocijadísimas parecen gorjeos con que las aves saludan á la aurora, la cómica silueta del gaitero, Tenorio engañador de *nenas*, y otras mil cosas no menos genuínas y gallegas, son, lo repito, la sal sabrosa, la miel de panal nuevo que los versos de Rosalía destilan »¹.

Nótese el parecido sorprendente de tales temas con los que de ordinario tratan los trovadores del *Cancio-*

¹ Obra citada, págs. 30 y 31.

nero de la Vaticana, y se verá de un modo indudable la existencia del común elemento indígena, apenas modificado hasta hoy; se verá cómo la romería de Nuestra Señora de Barca, que pintó admirablemente Rosalía Castro, es continuación de las fiestas similares que inspiraban á otros poetas del siglo XIII, desconocidos seguramente para su ilustre sucesora; cómo apenas ha variado el lenguaje del amor entre los labriegos de Galicia, y menos aún la familiaridad irreverente con que las jóvenes casaderas exponen sus cuittas á los Santos, y se enfadan con ellos si no les conceden lo que desean.

Dominando, como domina, la autora de los *Cantares gallegos* los más variados tonos, descuella principalmente al descubrir los secretos del corazón femenino, como las quejas de la novia que dice al galán descontentadizo:

Nasin cand'as prantas nasen,
No mes das froles nasin,
nunh' alborada mainiña,
nunh' alborada d'Abril.
Por eso me chaman Rosa,
mais á do triste sorrir,
con espiñas para todos
sin ningunha para ti.

También hace hablar la autora á sus heroínas, como queda indicado, para manifestar amores que brotan de lo más íntimo del alma, luchas en que la pasión triunfa avasalladora de los remordimientos de la conciencia, vagas melancolías que despierta el sonido de la campana, cómicos deseos de matrimonio, dolores causados por la ausencia, ternuras maternas; aquello, en fin, que es característico en la poesía popular gallega, y que en la de otros países constituye una nota sumamente rara, no sé si por la mayor reserva de la mujer, ó por la falta de condiciones en el lenguaje para traducir sentimientos de esta índole.

Entre los *Cantares gallegos* y la colección poética de las *Follas novas*¹ hay la diferencia que no permitirá nunca confundir la inspiración franca y espontánea con aquella que han modificado la reflexión, la cultura social y la complejidad de ideas y afectos que una y otra engendran ó presuponen. Se formó el ramillete de los *Cantares* con las inmarcesibles flores recogidas en las selvas vírgenes y frondosas del arte popular, y tiene el sencillo y agreste perfume que en vano buscaríamos en las *Follas novas*, nacidas en un jardín por donde no corre el aire libre, cuando no al calor del invernadero. Era mucho más difícil glosar las coplas en que se refleja la fisonomía moral de una región, que seguir las huellas de Heine y de Bécquer, aunque al hacerlo no sacrificase Rosalía su individualidad poética, ni tampoco el amor al suelo natal, cuyas desgracias llora como había cantado sus regocijos.

Vestida de luto el alma de la ilustre poetisa, se concentra para saborear la hiel de todas las desilusiones, para encarnizarse consigo misma, ahondando las heridas del dolor, y lanzar al viento agudos ayes, imprecaciones fúnebres ó histéricas carcajadas. A la placidez y la sana alegría de los *Cantares* ha sustituido la tristeza que rompe la valla de la resignación y se abraza con el pesimismo corrosivo, ya al expresar en versos que manan sangre terribles confidencias subjetivas, ya cuando tiende á vengar una región flagelada por la miseria cruel y la presuntuosa frivolidad.

En las *Vaguedás* mirase la desgracia como un mal espíritu doméstico que nos sigue desde la cuna hasta el sepulcro, aunque á veces se cubre con la máscara de la felicidad; como un espectro que se mezcla en el

¹ *Follas novas*, versos en gallego por Rosalía Castro de Murguía, precedidos de un prólogo por D. Emilio Castelar. Madrid, 1880. — Van divididos en cinco libros: I, *Vaguedás*; II, *Do íntimo*; III, *Varia*; IV, *D'a terra*; V, *As viudas d'os vivos y as viudas d'os mortos*.

bullicio y espanta en la soledad de la noche. Júzguese de tan extraño género de poesía por las dos que comienzan, *Aquel romor de cantigas e risas* y *Co seu xordo e constante mormorio*, ó también por la muestra que transcribo:

Mais ve qu' o meu corazón
E unha rosa de cen follas
Y e cada folla unha pena
Que vive apegada n' outra.
Quitas unha, quitas duás,
Penas me quedan de sobra,
Oxe dez, mañan corenta,
Desfolla que te desfolla.
¡O corazón m' arrincarás
Des q' as arrincares todas!

Aun es más nervioso y violento el libro II, que lleva por epígrafe *D'o intimo*, donde hay joyas de tanto precio como *Na Catredal* y *¡Padron! ¡Padron!*, efusiones líricas que recuerdan otras de Bécquer; si bien el tono reposado y enfermizo de éstas no tiene punto de comparación con la energía desesperada y frenética de las *Follas novas*, que entre las quejas y suspiros arroja dardos de invectiva sangrienta, como *Ti onte mañan eu* y *¡De valde!*, jugando con la idea de la muerte en una forma que no tiene el mérito de la novedad. También parece sistemática la exageración en la última parte del libro, por grandes que se supongan la ingratitud y el desamor de los que emigran á remotos climas para con los que lloran su ausencia.

Bastaran, á pesar de todo, las *Follas novas* para asegurar á Rosalía Castro un lugar muy distinguido en la historia del renacimiento literario de Galicia, si no existiesen los *Cantares*, á los que principalmente va asociada la gloria de su nombre.



CAPÍTULO III

NUEVAS MANIFESTACIONES DE LA POESÍA LÍRICA

Lamas Carvajal.—B. Losada.—Curros Enriquez.

CRAS la publicación del *Album de la Caridad* y de los *Cantares gallegos* corre una década de casi absoluta infecundidad para la literatura indígena de que aquellos dos libros fueron albores; mas al fin vino á unirse al coro del naciente Parnaso una voz juvenil, en cuyos cantares palpitaba el espíritu de la tierra con su extraña combinación de bulliciosa alegría y pesimismo resignado.

Si el amor al suelo natal es la musa obligada de los poetas regionales, y particularmente de los gallegos, á ninguno quizá dominó más avasalladora y exclusivista esa pasión; á nadie ha ligado con más fuertes vínculos, subiéndose del corazón al cerebro y transformándose en motor único de todas las potencias del alma; á nadie dictó confidencias más sinceras que á Valentín Lamas Carvajal, cuya vida y cuyos versos son los del hombre culto que se acerca al pueblo para enseñarle y aprender de él, para conocer sus